otros. Así llegó á noticia de Pedro de San Millán, quien se fué á casa de Rada, donde estaban reunidos muchos de los conjurados. Participóles lo que sabía y añadió: «Tiempo es de proceder, pues si lo dejamos para mañana, hoy nos hacen cuartos.»

Mientras los demás se esparcían por la ciudad á llenar diversas comisiones, Juan de Rada, Martín de Bilbao, Diego Méndez, Cristóbal de Sosa, Martín Carrillo, Pedro de San Millán, Juan de Porras, Gómez Pérez, Arbolancha, Narváez y otros, hasta completar diez y nueve conjurados, salieron precipitadamente del callejón de los Clérigos (y no del de Petateros, como cree el vulgo) en dirección á palacio. Gómez Pérez dió un pequeño rodeo para no meterse en un charco, y Juan de Rada lo apostrofó: «¿Vamos á bañarnos en sangre humana, y está cuidando vuesa merced de no mojarse los pies? Andad y volveos, que no servís para el caso.»

Más de quinientas personas paseantes ó que iban á la misa de las doce había á la sazón en la plaza, y permanecieron impasibles mirando el grupo. Algunos maliciosos se limitaron á decir: «Estos van á matar ál marqués ó á Picado.»

El marqués gobernador y capitán general del Perú D. Francisco Pizarro se hallaba en uno de los salones de palacio en tertulia con el obispo electo de Quito, el alcalde Velázquez y hasta quince amigos más, cuando entró un paje gritando: «¡Los de Chile vienen á matar al marqués, mi señor!»

La confusión fué espantosa. Unos se arrojaron por los corredores al jardín, y otros se descolgaron por las ventanas á la calle, contándose entre los últimos el alcalde Velázquez, que para mejor asirse de la balaustrada se puso entre los dientes la vara de juez. Así no faltaba al juramento que había hecho tres horas antes; visto que si el marqués se hallaba en atrenzos, era porque él no tenía la vara en la mano, sino en la boca.

Pizarro, con la coraza mal ajustada, pues no tuvo espacio para acabarse de armar, la capa terciada á guisa de escudo y su espada en la mano, salió á oponerse á los conjurados, que ya habían muerto á un capitán y herido á tres ó cuatro criados. Acompañaban al marqués su hermano uterino Martín de Alcántara, Juan Ortiz de Zárate y dos pajes.

El marqués, á pesar de sus sesenta y tres años, se batía con los bríos de la mocedad; y los conjurados no lograban pasar el dintel de una puerta, defendida por Pizarro y sus cuatro compañeros, que lo imitaban en el esfuerzo y coraje.

—¡Traidores! ¡Por qué me queréis matar? ¡Qué desvergüenza! ¡Asaltar como bandoleros mi casa!—gritaba furioso Pizarro, blandiendo la espada;

y á tiempo que hería á uno de los conjurados, que Rada había empujado sobre él, Martín de Bilbao le acertó una estocada en el cuello.

El conquistador del Perú sólo pronunció una palabra: «¡Jesús!» y cayó, haciendo con el dedo una cruz de sangre en el suelo y besándola.

Entonces Juan Rodríguez Barragán le rompió en la cabeza una garrafa de barro de Guadalajara, y D. Francisco Pizarro exhaló el útimo aliento.

Con él murieron Martín de Alcántara y los dos pajes, quedando gravemente herido Ortiz de Zárate.

Quisieron más tarde sacar el cuerpo de Pizarro y arrastrarlo por la plaza; pero los ruegos del obispo de Quito y el prestigio de Juan de Rada estorbaron este acto de bárbara ferocidad. Por la noche dos humildes servidores del marqués lavaron el cuerpo; le vistieron el hábito de Santiago sin calzarle las espuelas de oro, que habían desaparecido; abrieron una sepultura en el terreno de la que hoy es catedral, en el patio que aún se llama de los Naranjos, y enterraron el cadáver. Encerrados en un cajón de terciopelo con broches de oro se encuentran hoy los huesos de Pizarro bajo el altar mayor de la catedral. Por lo menos tal es la general creencia.

Realizado el asesinato, salieron sus autores á la plaza gritando: «¡Viva el rey!¡Muerto es el tirano!¡Viva Almagro!¡Póngase la tierra en justicia!» Y Juan de Rada se restregaba las manos con satisfacción diciendo: «¡Dichoso día en el que se conocerá que el mariscal tuvo amigos tales que supieron tomar venganza de su matador!»

Inmediatamente fueron presos Jerónimo de Aliaga, el factor Illán Suárez de Carbajal, el alcalde del Cabildo Nicolás de Ribera el Viejo y muchos de los principales vecinos de Lima. Las casas del marqués, de su hermano Alcántara y de Picado fueron saqueadas. El botín de la primera se estimó en cien mil pesos, el de la segunda en quince mil pesos y el de la última en cuarenta mil.

A las tres de la tarde, más de doscientos almagristas habían creado un nuevo Ayuntamiento; instalado á Almagro el Mozo en palacio con título de gobernador, hasta que el rey proveyese otra cosa; reconocido á Cristóbal de Sotelo por su teniente gobernador, y conferido á Juan de Rada el mando del ejército.

Los religiosos de la Merced que, así en Lima como en el Cuzco, eran almagristas, sacaron la custodia en procesión y se apresuraron á reconocer el nuevo gobierno. Gran papel desempeñaron siempre los frailes en las contiendas de los conquistadores. Húbolos que convirtieron la cátedra del Espíritu Santo en tribuna de difamación contra el bando que no era de sus simpatías. Y en prueba de la influencia que sobre la soldadesca tenían los sermones, copiaremos una carta que en 1553 dirigió Francisco Girón al padre Baltasar Melgarejo. Dice así la carta:

III

EL FIN DEL CAUDILLO Y DE LOS DOCE CABALLEROS

«Muy magnífico y reverendo señor: Sabido he que vuesa paternidad me hace más guerra con su lengua, que no los soldados con sus armas. Merced recibiré que haya enmienda en el negocio, porque de otra manera, dándome Dios victoria, forzarme ha vuesa paternidad que no mire nuestra amistad y quien vuesa paternidad es, cuya muy magnífica y reverenda persona guarde.—De este mi real de Pachacamac.—Besa la mano de vuesa paternidad su servidor.—Francisco Hernández Girón.»

Una observación histórica. El alma de la conjuración fué siempre Rada, y Almagro el Mozo ignoraba todos los planes de sus parciales. No se le consultó para el asesinato de Pizarro, y el joven caudillo no tuvo en el más parte que aceptar el hecho consumado.

Preso el alcalde Velázquez, consiguió hacerlo fugar su hermano el obispo del Cuzco fray Vicente Valverde, aquel fanático de la orden dominica que tanta influencia tuvo para la captura y suplicio de Atahualpa. Embarcáronse luego los dos hermanos para ir á juntarse con Vaca de Castro; pero, en la isla de la Puná, los indios los mataron á flechazos junto con otros diez y seis españoles. No sabemos á punto fijo si la Iglesia venera entre sus mártires al padre Valverde.

Velázquez escapó de las brasas para caer en las llamas. Los caballeros de la capa no lo habrían tampoco perdonado.

Desde los primeros síntomas de revolución, Antonio Picado se escondió en casa del tesorero Riquelme, y descubierto al día siguiente su asilo, fueron á prenderlo. Riquelme dijo á los almagristas: «No sé dónde está el Sr. Picado,» y con los ojos les hizo señas para que lo buscasen debajo de la cama. La pluma se resiste á hacer comentarios sobre tamaña felonía.

Los caballeros de la capa, presididos por Juan de Rada y con anuencia de D. Diego, se constituyeron en tribunal. Cada uno enrostró á Picado el agravio que de él hubiera recibido cuando era omnipotente cerca de Pizarro; luego le dieron tormento para que revelase dónde el marqués tenía tesoros ocultos; y por fin, el 29 de septiembre, le cortaron la cabeza en la plaza con el siguiente pregón, dicho en voz alta por Cosme Ledesma, negro ladino en la lengua española, á toque de caja y acompañado de cuatro soldados con picas y otros dos con arcabuces y cuerdas encendidas: «Manda su majestad que muera este hombre por revolvedor de estos reinos, é porque quemó é usurpó muchas provisiones reales, encubriéndolas porque venían en gran daño al marqués, é porque cohechaba é había cohechado mucha suma de pesos de oro en la tierra.»

El juramento de los caballeros de la capa se cumplió al pie de la letra. La famosa capa le sirvió de mortaja á Antonio Picado.

## A TANK OF SERVICE OF THE PROPERTY OF

No nos proponemos entrar en detalles sobre los catorce meses y medio que Almagro el Mozo se mantuvo como caudillo, ni historiar la campaña que para vencerlo tuvo que emprender Vaca de Castro. Por eso, á grandes rasgos hablaremos de los sucesos.

Con escasas simpatías entre los vecinos de Lima, vióse D. Diego forzado á abandonar la ciudad para reforzarse en Guamanga y el Cuzco, donde contaba con muchos partidarios. Días antes de emprender la retida, se le presentó Francisco de Chávez exponiéndole una queja, y no recibiendo reparación de ella, le dijo: «No quiero ser más tiempo vuestro amigo y os devuelvo la espada y el caballo.» Juan de Rada lo arrestó por la insubordinación, y en seguida lo hizo degollar. Así concluyó uno de los caballeros de la capa.

Juan de Rada, gastado por los años y las fatigas, murió en Jauja al principiarse la campaña. Fué este un golpe fatal para la causa revolucionaria. García de Alvarado lo reemplazó como general y Cristóbal de Sotelo fué nombrado maese de campo.

En breve estalló la discordia entre los dos jefes de ejército, y hallándose Sotelo enfermo en cama, fué García de Alvarado á pedirle satisfacción por ciertas hablillas: «No me acuerdo haber dicho nada de vos ni de los Alvarados—contestó el maese de campo;—pero si algo he dicho lo vuelvo á decir, porque, siendo quien soy, se me da una higa de los Alvarados; y esperad á que me abandone la fiebre que me trae postrado para demandarme más explicaciones con la punta de la espada.» Entonces el impetuoso García de Alvarado cometió la villanía de herirlo, y uno de sus parciales lo acabó de matar. Tal fué la muerte del segundo caballero de la capa.

Almagro el Mozo habría querido castigar en el acto al aleve matador; pero la empresa no era hacedera. García de Alvarado, ensoberbecido con su prestigio sobre la soldadesca, conspiraba para deshacerse de D. Diego, y luego, según le conviniese, batir á Vaca de Castro ó entrar en acuerdo con él. Almagro disimuló mañosamente, inspiró confianza á Alvarado y supo atraerlo á un convite que daba en el Cuzco Pedro de San Millán. Allí, en medio de la fiesta, un confidente de D. Diego se echó sobre D. García diciéndole:

-¡Sed preso!

—Preso no, sino muerto—añadió Almagro, y le dió una estocada, acabándolo de matar los otros convidados.

Así desaparecieron tres de los caballeros de la capa antes de presentar batalla al enemigo. Estaba escrito que todos habían de morir de muerte violenta y bañados en su sangre.

Entretanto, se aproximaba el momento decisivo, y Vaca de Castro hacía á Almagro proposiciones de paz y promulgaba un indulto, del que sólo estaban exceptuados los nueve caballeros de la capa que aún vivían y dos ó tres españoles más.

El domingo 16 de septiembre de 1542 terminó la guera civil con la sangrienta batalla de Chupas. Almagro, al frente de quinientos hombres, fué casi vencedor de los ochocientos que seguían la bandera de Vaca de Castro. Durante la primera hora, la victoria pareció inclinarse del lado del joven caudillo; pues Diego de Hoces, que mandaba una ala de su ejército, puso en completa derrota una división contraria. Sin el arrojo de Francisco de Carbajal, que restableció el orden en las filas de Vaca de Castro, y más que esto, sin la impericia ó traición de Pedro de Candia, que mandaba la artillería almagrista, el triunfo de los de Chile era seguro.

El número de muertos por ambas partes pasó de doscientos cuarenta, y el de los heridos fué también considerable. Entre tan reducido número de combatientes, sólo se explica un encarnizamiento igual teniendo en cuenta que los almagristas tuvieron por su caudillo el mismo fanático entusiasmo que habían profesado al mariscal su padre; y ya es sabido que el fanatismo por una causa ha hecho siempre los héroes y los mártires.

Aquellos sí eran tiempos en los que, para entrar en batalla, se necesitaba tener gran corazón. Los combates terminaban cuerpo á cuerpo, y el vigor, la destreza y lo levantado del ánimo decidían del éxito.

Las armas de fuego distaban tres siglos del fusil de aguja y eran más bien un estorbo para el soldado, que no podía utilizar el mosquete ó arcabuz si no iba provisto de eslabón, pedernal y yesca para encender la mecha. La artillería estaba en la edad del babador; pues los pedreros ó falconetes, si para algo servían era para meter ruido como los petardos. Propiamente hablando, la pólvora se gastaba en salvas; pues no conociéndose aún escala de punterías, las balas iban por donde el diablo las guiaba. Hoy es una delicia caer en el campo de batalla, así el mandria como el audaz, con la limpieza con que se resuelve una ecuación de tercer grado. Muere el prójimo matemáticamente, en toda regla, sin error de suma ó pluma; y ello, al fin, debe ser un consuelo que se lleva el

alma al otro barrio. Decididamente, hogaño una bala de cañón es una bala científica, que nace educada y sabiendo á punto fijo dónde va á parar. Esto es progreso, y lo demás es chiribitas y agua de borrajas.

Perdida toda esperanza de triunfo, Martín de Bilbao y Jerónimo de Almagro no quisieron abandonar el campo, y se lanzaron entre los enemigos gritando: «¡A mí, que yo maté al marqués!» En breve cayeron sin vida. Sus cadáveres fueron descuartizados al día siguiente.

Pedro de San Millán, Martín Carrillo y Juan Tello fueron hechos prisioneros, y Vaca de Castro los mandó degollar en el acto.

Diego de Hoces, el bravo capitán que tan gran destrozo causara en las tropas realistas, logró escapar del campo de batalla, para ser pocos días después degollado en Guamanga.

Juan Rodríguez Barragán, que había quedado por teniente gobernador en el Cuzco, fué apresado en la ciudad y se le ajustició. Las mismas autoridades que creó D. Diego, al saber su derrota, se declararon por el vencedor para obtener indultos y mercedes.

Diego Méndez y Gómez Pérez lograron asilarse cerca del inca Manco que, protestando contra la conquista, conservaba en las crestas de los Andes un grueso ejército de indios. Allí vivieron hasta fines de 1544. Habiendo un día Gómez Pérez tenido un altercado con el inca Manco, mató á éste á puñaladas, y entonces los indios asesinaron á los dos caballeros y á cuatro españoles más que habían buscado refugio entre ellos.

Almagro el Mozo peleó con desésperación hasta el último momento en que, decidida la batalla, lanzó su caballo sobre Pedro de Candia, y diciéndole «¡Traidor!» lo atravesó con su lanza. Entonces Diego de Méndez lo forzó á emprender la fuga para ir á reunirse con el inca, y habríanlo logrado si á Méndez no se le antojara entrar en el Cuzco para despedirse de su querida. Por esta imprudencia fué preso el valeroso mancebo, logrando Méndez escapar para morir más tarde, como ya hemos referido, á manos de los indios.

Se formalizó proceso y D. Diego salió condenado. Apeló del fallo á la Audiencia de Panamá y al rey, y la apelación le fué negada. Entonces dijo con entereza: «Emplazo á Vaca de Castro ante el tribunal de Dios, donde seremos juzgados sin pasión; y pues muero en el lugar donde degollaron á mi padre, ruego sólo que me coloquen en la misma sepultura, debajo de su cadáver.»

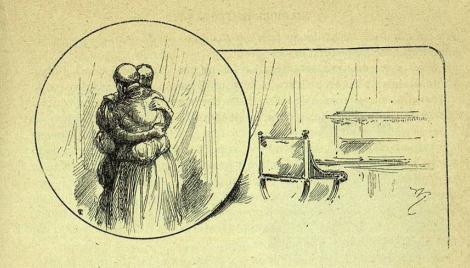
Recibió la muerte—dice un cronista que presenció la ejecución—con ánimo valiente. No quiso que le vendasen los ojos por fijarlos, hasta su postrer instante, en la imagen del Crucificado; y, como lo había pedido, se le dió la misma tumba que al mariscal su padre.

Era este joven de veinticuatro años de edad, nacido de una india no-

ble de Panamá, de talla mediana, de semblante agraciado, gran jinete, muy esforzado y diestro en las armas, participaba de la astucia de su progenitor, excedía en la liberalidad á su padre, que fué harto dadivoso, y como él, sabía hacerse amar con locura de sus parciales.

Así, con el triste fin del caudillo y de los caballeros de la capa, quedó exterminado en el Perú el bando de los de Chile.





## UNA CARTA DE INDIAS

(A D. Manuel Tamayo y Baus, de la Academia Española)

El licenciado D. Cristóbal Vaca de Castro, nacido en Mayorga en 1492, hallábase en 1540 ejerciendo el cargo de oidor en la Audiencia de Valladolid, cuando llegó á España la nueva del triste fin de D. Diego de Almagro el Viejo y de las turbulencias habidas en el nuevo reino de Granada entre Benalcázar y Andagoya. El emperador, después de investir á Vaca de Castro con el hábito de Santiago, lo comisionó para venir á poner orden en estos sus reinos del Perú y Nueva Granada y examinar las acusaciones levantadas contra Pizarro y el adelantado Benalcázar. A su llegada á Popayán, recibió el juez pesquisador la noticia del asesinato del marqués y consiguiente revolución de Almagro el Mozo; y dando de mano á todo otro encargo, púsose el licenciado en camino para Quito, levantando bandera por el rey.

Preciso es confesar que Carlos V anduvo desacertado en la elección; pues el nombrado no poseía la entereza y bríos, sagacidad y pureza de Gasca. En la batalla de Chupas, donde se batió recio el cobre, estuvo el señor licenciado asustadizo y á punto de huir el bulto; y después del triunfo no pensó más que en medros y granjerías, rellenando la hucha, sin temor á Dios ni al rey.

En la relación que, fechada en el Cuzco á 24 de noviembre de 1542, envió al emperador dándole cuenta del éxito de la batalla, estampa Vaca de Castro estas palabras: «Ansí mismo el mensajero que envío suplicará